

UCLA

Mester

Title

Brechas nuevas y viejas

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/49q158fr>

Journal

Mester, 5(2)

Author

Hinojosa-S., Rolando R.

Publication Date

1975

DOI

10.5070/M352013516

Copyright Information

Copyright 1975 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Brechas nuevas y viejas

I

Don Aureliano Mora es un viejito enteco, bastante chupado por los años (esos siniestros sabuesos del tiempo) y que de joven trabajó en lo que saliera y a donde fuera. Como cuenta con ochenta y pico de años ya ha enterrado a cinco de sus siete hijos: le quedan dos, la Obdulia que se casó con uno de los Santoseoy y Eufrasio que sufre de la tisis y que escupe sangre cuando quiere—ésta ya debe darle nalgadas a los sesenta años y es el banjamín de la familia.

Don Aureliano es (o fue) el padre de Ambrosio Mora, veterano de la Segunda Mundial, a quien Van Meers (diputado del sheriff de Belken) balaceó en frente de la J. C. Penney en el centro de Flora un domingo de palmas.

Ambrosio había pertenecido a la división segunda (Indian Head) cuando la invasión de Francia y le tocó ver morir a Chano Ortega, muchacho de Klail City que como muchos otros jóvenes chicanos se presentaron como voluntarios allá por el año 40, un año antes de que hubiera guerra entre este país y el mentado eje italiano-alemán-japonés.

por esas calles de Flora (a deshora)

La muerte de Ambrosio resultó en mucha gritería por parte de la raza vieja y aun más reflexión entre los veteranos que se juntaron para organizar algo—no sabían qué precisamente—pero *algo* para que “ya no nos trataran como bestias de carga.” Los veteranos decían que ellos también habían ido a la guerra y que bastaba ya con “ese pedo de la *descreminación*.”

La cosa empezó con mucho ánimo pero al dilatarse el tiempo y postergarse el proceso judicial, el movimiento casi agonizó de inacción hasta que el estado (después de tres años) siguió con el juicio. No, no hubo nada: Van Meers salió tan libre como Juan por su casa. (Como es bien sabido, Choche Markham atestiguó en favor de Van Meers ese día). Otra vez hubo ruido y boato pero sin provecho alguno hasta que don Aureliano mismo se fue al kiosko del parque de Klail City, palanca de hierro en mano, y partió el rótulo de metal que llevaba los nombres de todos los de Klail que habían servido durante la guerra, entre ellos sus hijos Ambrosio y Amador, el que cayó en Okinawa. Don Aureliano, con la palanca, hizo trizas el rótulo ese donado por las damas auxiliares de la American Legion. La cosa quedó hecha pedazos.

a balazos y a traición (mala acción)

Mas tarde, don Aureliano Mora, todavía palanca de hierro en mano, se fue a la casa de don Manuel Guzmán, el policía del barrio chicano.

—Don Manuel, le di en la madre (usté perdone) al *sign* ese que está en el parque. Aquí está la palanca.

—Quédese con ella, don Aureliano.

—Lo dejé en trizas, don Manuel . . . hace tres años que me mataron a m'hijo, don Manuel . . . a traición, don Manuel . . . he querido aguantarme pero no pude, don Manuel . . . así no se portan los hombres, lo sé . . . pero, m'hijo, don Manuel, mi Ambrosio . . . ¿qué les hacía mi muchacho, don Manuel? Andaba en trago, don Manuel, ¿quien dice que eso es un crimen? . . . No, no hay razón . . . ándele, don Manuel, lléveme al bote . . .

—¡Josela! . . . Has pasar a don Aureliano . . . voy a ponerme los botines . . . 'horita vuelvo . . . mientras tanto, tómese un café . . .

Don Manuel Guzmán se llevo a don Aureliano Mora a la casa que no a la cárcel.

—Es que somos como los griegos, don Manuel. Griegos en casa de romanos.

—¿A ver . . . cómo fue eso?

—Digo que somos griegos, don Manuel . . . los esclavos en casa de los romanos . . . tenemos que educar a los romanos . . . los bolillos . . . que son lo mismo.

—Lo que pasa, don Aureliano, es que son una bola de aprovechados . . . una punta de cabrones . . . pero a todos les toca su día . . . y si no, arrieros somos . . .

—Y en el camino.

—Eso . . . Usté no se moleste por lo del *sign* . . . ya hallaré cómo aplacar esto . . .

—¿Y si no?

—Y si no, nosotros también echamos abogado. ¿Qué cara van a poner los cabrones cuando comparen la vida de un cristiano con un pinche rótulo que, al fin y al cabo, ni sombra daba?

—Somos griegos, don Manuel, y el día vendra cuando la raza viva en el condado de Belken como lo hacía antes de que llegaran estos desgraciados.

Lo del rotulo paso hace mas de veinte años y si la raza no salio como los griegos que acabaron educando a los romanos, a lo menos salimos como las uvas: de a monton.

mataron a Ambrosio Mora (¿quién le llora?)

Don Aureliano Mora se pasa los días que le quedan sentado en una banca del parque pensando, tal vez, en Amador que murió en Okinawa; en Serafin que se fue de Belken County para no volver: le dio treinta años de su vida a la Inland Steel y ellos le dieron una pensión y el seguro social un ataúd; en los gemelos Antonio y Julio que pasaron sin pena ni gloria por este mundo y, seguramente, pensando en Ambrosio a quien le compusieron un corrido y por quien don Aureliano le dio en la madre a ese rótulo insultante que llevaba el nombre de su hijo.

A veces se levanta y se da un paseito a la esquina donde se desahogó con la palanca y a donde ahora está una tienda de ropa. Lo que don Aureliano empezó con la palanca fue terminado por el tiempo (esa sociedad anónima de responsabilidad limitada) que todo se come: al parque lo dividieron en lotes que se vendieron para hacer tiendas en él; del parque viejo sólo queda un cuarto de cuadra con seis bancas y eso es todo.

Don Aureliano tiene que morir, bien lo sabe, pero dice que ha pactado con Dios y con el diablo y que ninguno se lo llevará hasta que Van Meers también muera. Le lleva más de cuarto de siglo en edad pero tiene toda la paciencia del mundo y tal vez él mismo asista al entierro del matador de su hijo.

—¿Pasándola, don Aureliano?

—Sí, hijo, ¿quién eres?

—Rafa Buenrostro.

—El *del quieto*, sí . . . P's bien, hijo, bien . . .

Don Aureliano lleva anteojos ahumados y sombrero de petate para defenderse del sol; cuando anda, paso a paso y casi sin pisar el zacate, da la sensación que si viniera un chiflón de aire lo tumbaría al suelo . . . pero . . .

No se equivoque nadie, no, a don Aureliano no lo tumbarían ni el viento ni los años hasta que asista al entierro de Van Meers. De juro y por esta cruz.

II

¡Apple core!

¡Baltimore!

¿Who's your friend?

¡Elsinore!

Elsinore Chapman tiene quince años de edad y está de guardián en la puerta de la biblioteca donde, por ahora, me han vedado la entrada por varias semanas.

Elsinore ignora que en poco más de veinte años estará casada y divorciada y que seremos colegas (maestros de ingles) aquí en Klail High. Tendrá una niñita, Birdie, llamada así por alguna abuela apellidada Birdwell, y las dos calcarán un patrón parecido al de Elsinore y su madre donde hay padre y esposo en casa pero donde también existe cierta frialdad que, en esta familia, pasa por cariño y cortesía.

Entre las amigas de Elsinore se encuentran la Molly Loudermilk (que también se casará dando luz a dos o tres ejemplares); la Liz Ann Moore que se casará y se divorciará una y dos veces hasta casarse con alguien quien 1) la tolere; 2) la comprenda, 3) la ame, 4) y sepa que al que verdaderamente amó fue a otro muchacho—bolillo también—que murió en un choque bastante sangriento al tiempo que, la Liz Ann iba en su primer esposo. Ambas, la Liz Ann y la Molly vivirán in Houston y se verán de vez en cuando, tampoco mucho. Otras dos amigas de la Elsinore son la Belinda Braun y la Lulu Gottlieb que se hundirán en el famoso American Melting Pot: Belinda, andando el tiempo, también sera maestra en Klail High (matemáticas) y se casará con un lechero; el hermano de éste, dueño de una gasolinera Gulf, se casará con la Lulu Gottlieb, chica que siempre saluda a la raza y por lo cual la raza vota por ella en las elecciones escolares: la verdad, pasó mucho tiempo para que aprendiéramos con cuántas tortillas llenábamos. En fin . . . Los hermanos, el lechero y el de la Gulf, se apellidan Cooke. De estos hay muy ricos y ricos y pobres. Dejemos este grupo que no da mas y no hay para qué inventar.

Rafa pensó escribir de nuestro grupo escolar pero por esas cosas que pasan no le salió y entonces yo decidí *tapar este hueco* que tanta falta hacía en este cronicón del condado de Belken y su gente.

En el *study hall*, tres asientos en frente y a mi izquierda, están Domingo y Fabián Peralta hijos de Adrián *el coyote*. De los de la raza, los gemelos Peralta hablan más inglés que nadie; el oficio del padre (trabaja la corte) les ha convencido que en nuestro mundo del Valle ellos tienen que enfrentarse sonrientes con el que sea y para lo que sea. Estos, también, acabarán secos y curtidos como el padre y, también como el padre, se escapan del ejército y de las delicias de los inviernos de Korea . . . los hay con suerte.

Los cuates Peralta no juegan fútbol y aunque no se sientan con la raza en los escalones del gym tampoco se juntan con los bolillos. El coyote, cosa innata en la especie, es más bien solitario por condición y afición. Los cuates tienen unos amigos con los que asistieron a la primaria parroquial y de ahí que se conozcan desde hace tiempo. Rafa dice que yo les motejé de *desposeídos* pero, en realidad, no fui yo, sino él, Rafa Buenrostro.

Los íntimos de los cuates se llaman Noé Olmedo y Horacio Navarro. Noé es un cero a la izquierda que tiene una hermana gemela, la Fani, que se irá de monja quebrándose el corazón años después de la escuela, del ejército y de otras menudencias. Horacio Navarro es un ánima pedorra: no tiene sal, ni hermana, ni perro que le ladre; como se dijo, es un ánima pedorra. Este grupo, pues, no incomoda ni molesta, algo así como la caca del zopilote que, en las montañas, ni huele ni hiede.

Los bolillos más ricos en nuestra *graduating class* son seis: J. B. Longley, cuyos padres, nada jóvenes, se divorciarían porque el viejo Longley—the Colonel, don't you see, ran off with a maid; esto a veces sucede y a veces no.

Edwin Dickman que usa camisa manga larga y mancuernillas—y cuyos padres murieron cuando él era niño. Lo criaron sus abuelos en una casa más grande que el First National City Bank and Farmers Trust del padre de Roger Bowman, el número tres en dinero, según la raza que de esto sabe y se entera.

El Roger tiene una Schwin con canasta adelante y otra atrás, linterna eléctrica, campanilla y pito de hule que hace *kwek-kwek*.

El cuarto con dinero es el más guapo de la clase según la votación del otoño. Se llama Robert Stephenson Pennick y los que lo conocen bien le llaman Robin; este también le saluda a la raza y ciertas chicanas se vuelan hasta tal punto que además de Most Handsome también votan en masa para que salga Best All Around, honores ambos que le servirán de algo cuando llegue a ser presidente del Kiwanis local, miembro del concilio de la escuela y agente de una compañía de Independent Underwriters of America, la agencia de su padre.

El quinto y el sexto de los ricos son primos: Royce Westlake y Harv Moody; los padres de estos se hicieron conuños al casarse con las hermanas Ridler, Valerie, la madre de Royce, y Sybil, la de Harv, y todos son metodistas aunque esto, quizá, no venga al caso.

Las bolillas ricas son Elsinore—la que me veda el camino a la biblioteca por estricta orden de Miss Gwendolyn Pyle, B.L.S., y las amigas de Elsinore: Molly Loudermilk (padre abogado), Liz Ann Moore (hija del dentista), y otra algo simpaticona y con el diablo en el cuerpo: Babs Hadley (padre de oficio desconocido) que fuma y toma, según las lenguas, y que de vez en cuando se huye con Chale Villalón, (según estos ojos que los ven mientras yo ando en el bordo del canal con Fani). Chale morirá en Korea y la Babs casada con otro estará viviendo en Galveston en paz y con su propia familia después de diversos intentos en la universidad de Texas, Our Lady of the Lake (para que apaciguara) y Texas Woman's University donde quemó varios colchones (sus propias palabras) hasta que las autoridades universitarias la mandaron a pasear.

De los bolillos urbanos no tan ricos aunque tampoco tan pobretones como la raza—bueno, se habla de la mayoría de la raza, porque entre nosotros, no se crean, también hay unos con pica—como decía, de este grupo unos hablan español (por aquello de when you have to you have to) y tienen apellidos que despiden tufo de pobretería: Bosey, Cronk, Watfell, Bewley, y así, por el estilo.

Hay todavía otros dos grupos de bolillos de rancho. Los de más tierra, que son algo amigos de los ricos urbanos y los de menos que tienen amistad con los urbanos pobretones; aquí parece que funciona eso de que el agua y su nivel tienden a procurarse. Los ricos con tierra suelen tener apellido alemán: Muller, Gottschalk, y Bleibst; los de menos tierra de apellido inglés: Watkins, Snow, y Allen, entre otros.

La raza con tierra en Klail y sus alrededores son los Buenrostro (no todos), los Leguizamón (todos), y las otras familias viejas que se aliaron para sostenerlas: los Vilches, los Campoy, los Fariás, etc.

Veinte años más tarde casi todos los grupos que tienen tierra, engordarán, no se mudarán lejos del lar familiar, y se verán los sábados y domingos en las iglesias y en las cantinitas de Klail. Así que pasen esos veinte años o poco más, los hijos de esta gente tendrán carros propios y fill 'er up 'cause we're going across the river . . .

En esta clase de cuarto año somos cuarenta y seis y salvo dos, un chicano y un bolillo, todos nos vamos a recibir en mayo. El presidente del concilio escolar hablará y el superintendente pasará los diplomas; durante la guerra mundial un sobrino del presidente del concilio escolar había tratado de evadirse de servir: la raza se dio cuenta y, ¡qué horror! la bolillada rica se dio cuenta de que la raza se había dado cuenta. Caso incómodo, sí, pero no infranqueable. El sobrino, casi al fin, se fue como oficial de marina. Algunos años después pocos se acordaban del asunto y los más se hacían zonzos.

De los cuarenta y seis, y también es casualidad, somos veintitrés varones y veintitrés mujeres y estamos subdivididos en veintitrés raza y veintitrés bolillada.

De la raza, amén de los cuatro nombrados—los cuates Peralta y sus amigos—los que respiramos somos

los siguientes: Rafa Buenrostro, del barrio, el menor de los Murillo, también del barrio, y un bolón de muchachos del Relámpago entre ellos Alfonso Vásquez que se fue casi derecho al bote después de la secundaria. (Yo, palabra, nunca supe por qué y veinte años más tarde nadie dijo nada sobre el caso aunque se ha de contar más de lo debido entre los concurrentes al 22nd Anniversary of the Klail High School Graduating Class que se efectuó parte en el restaurante The Green Gauntlet y, otra parte, en los patios de la casa de Roger Bowman donde, milagro de milagros, la esposa de Ed Dickman, una bolilla del Valle pero no de Klail, me contó que ya me conocía, que sabía todo de mí y que Ed's always talking about you and so, you see, Jehú, I think I really know you, o algo así por el estilo. (Yo tendría unos veinte años de no ver ni tratar a Ed; cosas del destino que no personales y lo único que nos trataríamos en la *high* sería un año cuando jugamos fútbol y la vez que nos topamos mientras andábamos robando naranjas ombligonas y pactamos no decir nada a nadie de este naranjal particular). Volviendo al Alfonso, que yo sepa, sigue alzado. Otro del Relámpago es Rafael Prado que se presentará con nosotros al ejército. Al salir se irá a la universidad de St. Mary's y, al acabar sus estudios, al ejército de nuevo hasta la fecha. . .

Entre las muchachas del Relámpago hay tres Marias: de la Luz, del Pilar, y de los Angeles: son parientes mías y de Rafa según los apellidos: Farias, Sifuentes y Sánchiz (con i). Hay otra María: la Mary Ann Chapa que primero asistió a la escuela parroquial por la calle Wingate, en el barrio bolillo. Dentro de veinte años las cuatro estarán bien casadas y viviendo en Klail; sus hijos han de asistir a colegios y universidades en esa incesante lucha nuestra inculcada desde que uno aprende a mamar.

Otras dos, bailando el tiempo, han de ser puntos de cuidado: la Sofía Vergara (del Rebaje) y Emma Castro (del Rincón del diablo) que quemarán mucha pólvora aquí y allí hasta que se les acabe el parque: Sofía, casándose con Julio Zavala que empezó con la compañía de la luz y agua y que por fin abrió su propio negocio reparando primero radios y más luego televisores; y, Emma, con Néstor Reyes, sobrino de Pioquinto que, como el tío, dará veinticinco años de su vida a los Torres, los de la tienda de ladrillo.

Hay varias rancheritas, entre ellas Conce Guerrero, la novia de Rafa Buenrostro, y otras cuantas que se irán pa'l norte: Blanca Aguinaga, la hija del tuerto Antonio Aguinaga que afilaba tijeras y cuchillos; Dorotea Cavazos de gratas memorias que hará pare en Michigan City, Indiana; y Elodia Carrasco, también de gratas memorias, que nunca volveré a ver.

Antonio Cisneros, de diecinueve años, es uno de los mayores de la clase. Se enrolará en el ejército, se librará de todo peligro y caerá en manos de una alemanota que se traerá al Valle; con siete años en el ejército a cuestras, ya no se encuentra bien en Klail y un buen día se presenta de nuevo y él y su güerona se van a Fort Hood, de allí a Fort Knox y de allí a ultramar para volver a Klail donde se jubila como *game warden* en Flads (Dellis County) con su mujer y cinco o seis escuincles chicanos-alemanes; un cruce de sangre bastante simpático.

Dos saldrán abogados, el Julián, primo de Rafa, y Timoteo Díaz, el hijo de Timoteo viejo, el que trabajó con la compañía del agua. Julián tiene diez y seis y Timoteo anda en los dieciocho, viven en el barrio y son, como se dice, buenas reatas. Timoteo se hará juez de paz por cierto tiempo para luego irse en compañía con unos bolillos. Julián se irá a Jonesville-on-the-River por cierto tiempo y luego se irá a Bascom y de allí a Edgerton donde se plantará como nogal de pecana.

En la clase, como en este relato, hay mucha separación; sin decir palabra y con cierto entendimiento aprendido o adivinado por ambos lados.

Al pasar los veinte años, Miss Pyle, la maestra que me privó entrada a la biblioteca, está más vieja pero no por eso la pobre deja de ser menos bruta.

La Elsinore sigue sentadota allí a la entrada de la biblioteca y todavía ignora lo que pasará de aquí en veinte años.

¡Apple core!
¡Baltimore!
¿Who's your friend?

Rolando R. Hinojosa-S.

Texas A&I University, Texas

Rolando R. Hinojosa-S. es autor de *Estampas del valle, y otras obras* (Berkeley: Quinto Sol Publications, 1973), publicación bilingüe que obtuvo el Tercer Premio Anual Quinto Sol en 1972. Las narraciones inéditas que aquí publicamos son parte de un libro en preparación titulado *Generaciones y semblanzas (entre diálogos y monólogos)*. Junto con Miguel Méndez y Tomás Rivera (ambos colaboradores de *Mester*), Hinojosa es uno de los escritores chicanos cuya obra aparece en español o en textos bilingües.